



LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 155.—15 de Agosto de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES.

Doña F. A. de LL. Los 40 rs. han socorrido á dos familias, que piden á Dios lleve y traiga de su viaje con toda felicidad, á quien tales plegarias le dirige.

LA MENDICIDAD.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Aunque muy brevemente, indicábamos en nuestro artículo anterior cómo la mendicidad voluntaria, y por consiguiente culpable, se extiende, el modo arbitrario é injusto de perseguirla ó tolerarla, y cómo la ley es letra muerta, ya la escriba ó la borre del código penal.

La ley puede y debe decir lo que son delitos y penarlos, por no evitar que se cometan, ni aun disminuir sensiblemente su número si la opinion no la auxilia, y menos si le es hostil; no creemos, pues, que una ley sobre mendicidad lograria extinguirla, pero opinamos que deberia condenarla; el legislador ha de penar todo lo que es justiciable: este es su deber, de que no le exime el pueblo faltando al suyo, y está lejos de ser inútil la persistencia de la ley prohibiendo lo que es injusto; nos parece, pues, que el haber suprimido la mendicidad del número de delitos penados por el código, es un retroceso en vez de ser

un adelanto. Quisiéramos pues, volver á verla entre las acciones prohibidas, pero no que se penara sin forma de juicio, cosa injusta, atentatoria á todo derecho, y motivo, tal vez, el más poderoso de la hostilidad de la opinion.

Tengámoslo muy presente: el mendigo puede ser un desgraciado digno de compasion, hasta de respeto, ó un miserable á quien se debe penar; y al ver que se confunden y se arrastran, por fuerza, lejos de su hogar, ó se condenan á reclusion, la humanidad reclama, y la conciencia pública se subleva.

Seria candidez de nuestra parte, creer que en el estado de pobreza, de error, de desórden, en que se encuentra España, con las continuas históricas alternativas de arbitrariedad, á veces cruel, é impunidad con frecuencia insolente, iba á desaparecer la mendicidad, á sufrir siquiera una disminucion notable, ni á dejar de prohibirse ó permitirse prescindiendo de la ley y de la justicia, por mucho que se dijera ó se hiciera; pero en el limitado recinto en que es oida nuestra voz, queremos levantarla, contribuyendo en lo poco que nos es dado, á que se forme opinion; que un dia, muy lejano, mucho, rectifique la ley, y contribuya eficaz y activamente á que se cumpla.

Penada la mendicidad voluntaria, los agentes de la autoridad, al ver una persona mendigando, no deben *prenderla*, ni detenerla más que el tiempo necesario para identificar la persona, y asegurarse de su domicilio, etc., etc. Hecho esto, el presunto reo de mendicidad, es acusado, y se defiende como de justicia, antes de que se le condene. Si prueba que no mendiga por gusto, ni por hábito, sino por necesidad, ya que sea inválido, ya que no encuentre trabajo, debe ser absuelto, si no condenado. Quisiéramos para este delito un enjuiciamiento especial y el jurado; cuando con justicia se le impusiera una pena, la opinion la sancionaria, no prestando á la mendicidad culpable el apoyo, que es hoy su principal sosten.

En los niños la mendicidad deberia estar absolutamente prohibida por regla general, que admitiese muy pocas excepciones; porque es contra naturaleza y contra justicia que los hijos, en vez de ser una carga para los padres, les constituyan una renta, y ninguna sociedad medianamente moralizada puede admitir como situacion permanente para un niño lo que indefectiblemente le imposibilita de ser hombre honrado y digno: de todas las variedades del pilluelo, que son muchas, creemos que no hay ninguna peor ni tan incorregible como el mendigo; crece entre inmundicia moral y material, y la sociedad que le vé,

que vé tantos miles de niños, plantel de hombres criminales y viciosos, y no siente vergüenza ni lástima, tiene la razon bien extraviada ó las entrañas bien duras.

Suponiendo que la ley preceptúe lo justo, lo mandará en vano, si la opinion no la auxilia eficaz y activamente. Primero, haciendo del jurado un tribunal íntegro y activo; despues, creando asociaciones caritativas que sean su auxiliar y su complemento, y por último, no dando limosna, por regla general, *sin saber á quién.*

Es absurdo dar limosna en la calle, sin tener idea de la necesidad del que pide; pero en el estado en que están las cosas, á veces es poco menos que imposible evitar la alternativa de favorecer á un vicioso ó abandonar á un necesitado. La beneficencia pública ni la privada no dan eficaces socorros á domicilio, ni investigan concienzudamente las necesidades verdaderas, y aun para el que piensa que no se debe dar en la calle hay muchos casos en que duda si está en presencia de una verdadera desdicha, y el precepto de la caridad es: *en la duda, no te abstengas.*

Entre la injusticia de la ley, ó su impotencia, los abusos de autoridad, la falta de forma, de juicio y el apoyo que en la opinion encuentra, el mendigo que puede trabajar vive en la holganza, forma una familia, y así se multiplican miles de existencias parásitas, que, además de debilitar, manchan y afean la planta que les dá vida. El mendigo voluntario lo es, principalmente, por pereza, y por pereza tambien le mantiene en aquella degradante situacion la sociedad que le dá limosna. Para arrojársela al paso en el mugriento sombrero, no es necesario tomarse trabajo alguno; para ir á su casa, saber cómo vive y cómo puede vivir, ó establecer una de beneficencia, ya es necesario dar algo más que algun dinero, se necesita un poco de tiempo y de trabajo, y esto es lo que muy pocos consideran como un deber y muchos menos todavía le cumplen.

CONCEPCION ARENAL.

CUADROS DE LA GUERRA.

Aquella modesta casita, la última del pueblo, fué un tiempo mansion de la felicidad; hoy mora en ella la tristeza, la zozobra, y tambien la alegría, porque hay niños tan pequeños que

aun no comprenden el dolor. Son cuatro; la mayor ya llora alguna vez con su madre, y el más pequeño aprende á llamar á su padre que no le conoce; partió antes que naciera, fué á la guerra. ¿Quién sabe si volverá? Por eso en aquella casita, un tiempo mansion de la felicidad, hoy mora la tristeza.

La frente pura de la jóven madre está contraída, nublados sus ojos, agitado su pecho, y cuando pone á él la criatura que amamanta, contemplando su risa, llora y teme envenenarla.

Largos son los dias sin tranquilidad, largas las noches sin sueño; ni la luz le trae alegría, ni sosiego las tinieblas; amante y amada del esposo ausente, se le representa, ó como al arrancarse de sus brazos cubierto de lágrimas el rostro varonil, ó por tierra el fuerte brazo inerme y el pecho atravesado de mortal herida. Sus cartas, casi borradas por el llanto, las sabe de memoria, y con todo vuelve á leerlas: son su bien, su único bien. ¿Qué será de ella el dia que no las reciba? Esperadas con tanta ánsia, retrasadas con tanta angustia, cuando llegan traen consuelo fugaz. ¿Quién sabe si el corazon que las ha dictado dejó ya de latir? Los consuelos de los infelices son como las gotas de agua que caen sobre una superficie candente; se evaporan al instante.

Cree oír siempre detonaciones lejanas de armas homicidas y ayes lastimeros, y allá en la callada noche le parece que vé campos de batalla cubiertos de heridos que piden socorro en vano, y de cadáveres insepultos.

Aquellos dos ejércitos han acampado á corta distancia: sorprendióles la noche cuando iban á embestirse, y aplazaron la batalla para el nuevo dia. El toque de diana será la señal de combate. ¡Cuántos ¡ay! verán salir el sol por última vez!

Ante la muerte amenazadora para todos, parece que ninguno debia dormir; pero el hábito del peligro, la juventud y el cansancio llaman el sueño, y solamente velan aquellos á quienes está confiada la vigilancia del campamento, y un oficial que en vez de descansar escribe á la débil é intermitente luz de una hoguera. Escribe primero una carta para enviarla inmediatamente despues del combate, y luego en una cartera, donde hay nombres, fechas, letra de mujer, borrones de niño. ¿Qué escribirá? ¡Quién sabe! Tal vez lo que espera, ó lo que teme, lo que piensa ó lo que siente; tal vez son palabras de amor las que

llenar aquellos papeles que guarda al desenvainar la espada y ponerse al frente de su compañía.

Empieza la batalla, encarnizada como suelen serlo los combates entre hombres que tienen la misma patria. Las masas avanzan, retroceden, se confunden, se retiran, arremeten de nuevo, y cuando el polvo y el humo y el tronar de las armas de fuego y el galope de los caballos dejan oír y ver claramente alguna cosa; se oyen ayes lastimeros y gritos feroces, se ven por tierra heridos y cadáveres, y vencidos que huyen, y vencedores que los persiguen crueles.

Al ejército derrotado pertenece aquel capitán que escribía á la luz de la hoguera, aquel cuyas cartas son el único consuelo de la esposa afligida, la que vive en aquella casita, mansion un tiempo de la felicidad y donde hoy mora la tristeza. ¡El amar la vida es tan hermoso para el que es amante y amado! Pero no quiere salvarla á costa de la honra: por eso se indigna y se avergüenza al ver la fuga de los suyos, por eso quiere contenerlos, por eso es de los últimos que se retiran, y se vé cortado, acometido por una turba vil que se avergüenza de amenazar á un hombre solo. Mira este á su alrededor, vé un oficial enemigo que lejos de hostilidad manifiesta más bien simpatía, corre á ampararse de él, se le rinde prisionero, pónese bajo su protección pidiéndole que defienda su vida de aquellos asesinos. Procura contenerlos el oficial vencedor, pero en vano, y á los piés de su caballo cae el vencido como se le representaba la esposa desolada, atravesado con mortal herida el pecho amante. Siente que la vida le falta, hace el último esfuerzo, se incorpora, saca del ensangrentado pecho la cartera, aquella cartera donde escribía antes de la batalla, se la alarga á su impotente protector, pidiéndole por lo más santo que la guarde y haga llegar á manos de su infeliz viuda..... Promételo solemnemente, y el moribundo espira.....

Continúa las operaciones el depositario de la cartera, con que tropieza cada vez que saca la petaca, y se representa al vivo al jóven pidiéndole protección primero, luego moribundo, clavándole los ojos que miran por última vez, dirigiéndole la voz que se extingue, dándole con mano deficiente un recuerdo para aquella á quien envía su último pensamiento y su último suspiro. Este cuadro le impresiona dolorosamente, y cada vez que va á fumar vuelve á sentir aquella impresion dolorosa, y concibe cierto horror por aquel pedazo de piel con algunos papeles dentro, tanto, que se resuelve á examinarlos por ver si

tiene lo que se llama *valores*. No halla ninguno. Fechas, nombres, pensamientos, palabras de cariño, sortijas de cabello..... Al pasar un río tira la cartera á la corriente..... No lo hubiera creído el que se la depositó en sus manos al morir..... ¡Pobre viuda!

¿Este depositario tan poco fiel era un hombre sin conciencia? No. Si no la hubiera tenido, no habría arrojado á la corriente aquel objeto que le causaba dolor, probablemente mezclado de remordimiento. ¿Era un hombre duro? No: le hemos visto generoso y benévolo. Lo que es duro es la guerra; lo que es imposible es imaginar los males que hace y las crueldades que inspira.

CONCEPCION ARENAL.

Ceares 24 de Julio 1876.

EL RAPACIN.

I.

Al amanecer de un día nebuloso del invierno de 1854, un niño de doce años subía penosa pero alegremente por la parte de Asturias la cuesta del elevado puerto de Pajares, que separa á Castilla del Principado asturiano.

Los magníficos panoramas que se desarrollan desde aquel punto; aquellos valles estrechos, de eterno verdor, salpicados de blancas casitas rodeadas de manzanos; la niebla que cubría el fondo del valle, como la nieve cubría la cumbre de la montaña, iluminado todo por la melancólica claridad de la aurora, no causaba apenas impresion en el alma juvenil y poco poética del *rapacin* ó muchacho asturiano, que emprendía temprano su jornada de viajero, despues de haber pasado la noche en una casa situada al pié del puerto, donde le habian dejado dormir con hospitalidad caritativa.

Aquel niño viajero merece que le describamos rápidamente.

Pequeño, robusto, con fisonomía inteligente y con aire resuelto, hubiera podido, en otras condiciones, tomársele por un adolescente de buena casa y de educacion esmerada, si su traje,

deteriorado é insuficiente contra el vientecillo frio de Diciembre, no revelase la miseria y el abandono.

Una y otro tenia, en efecto, el *rapacin* Manolito.

II.

Hijo de una honrada y pobre familia de aldeanos del concejo de Pravia, no habia tenido más instruccion que algunas lecciones de leer mal y de escribir peor, que recibió del buen cura de su aldea; pero á los nueve años, sus padres creyeron terminada tan brillante educacion y le destinaron á guardar ganado de cerda.

Este oficio era para él tan natural como inevitable. Siendo hijo de un pobre porquerizo, debia ser porquerizo tambien, porque alrededor de la mesa de su cabaña, por efecto de la fecundidad proverbial de las asturianas, se sentaban ocho hijos, á quienes sus padres no podian criar en el regalo y mantener en la holganza. Desde niños, pues, tenian que trabajar en algo para traer algun jornal en ayuda del pobre caudal de aquella pobrísima familia.

Así trascurrieron los primeros años de Manolito. ¡Dios solo sabe lo que pasaria por su jóven imaginacion en las largas horas de forzadas y sencillas meditaciones á que le sujetaba la necesidad de vigilar, inmóvil, su ganado gruñidor! A juzgar por lo que luego veremos, no debieron ser horas perdidas ni de estúpida soñolencia. Bajo aquella ruda corteza habia una alma de cierta energía juvenil y de condiciones en gérmen muy superiores á lo que debiera esperarse de un pobre porquerizo.

¿Cómo es esto posible? ¿Cómo se realiza? ¿Hay almas privilegiadas que vienen al mundo con destellos de génio y de inteligencia, sin que los sofoque la situacion miserable en que empiezan á desarrollarse, desmintiendo así aquellas máximas tan admitidas de que todo lo forma la educacion y la enseñanza? Misterios son estos cuya existencia reconocemos, pero cuya investigacion abandonamos á los psicologistas y á los filósofos pensadores.

Para que la desdicha de Manolito fuese más completa, á los diez años quedó huérfano y á los once casi en completo abandono, porque de sus hermanos dos fueron á servir al ejército, dos murieron, uno marchó á trabajar en las minas de Langreo, otro se embarcó como marinero, y solo quedó una hermana casada pobremente.

Magdalena, que así se llamaba, era la mayor de la familia, y

Manolito el más jóven: por eso se le llamaba el *rapacin*, en el lenguaje cariñoso del dialecto asturiano. Magdalena le queria como á un hijo; pero empezó á tenerlos propios, y la cabaña fué ya insuficiente para dar cabida á tanta familia.

Manolito se apercibió de ello, y obligado por su miserable destino á pensar como hombre cuando aún era niño, empezó á cavilar sobre el porvenir que le esperaba y sobre la manera mejor de procurarse la subsistencia con sus brazos.

¡Sus brazos!... Eran débiles brazos de doce años; eran cálculos de adolescente ignorante, reflexiones de una inexperiencia completa, destituidas de apoyo y de consejo. El pobre niño no habia salido jamás del valle de Pravia: sabia vagamente que habia un mundo mayor por las relaciones de su padre, que en su juventud fué soldado, y de convecinos suyos que habian hecho el gran viaje de ir á Castilla para segar ó á Madrid para llevar la cuba de aguadores.

En su ignorancia completa del mundo, no parecerá posible que formase un proyecto sério para el porvenir; pero sin embargo, como le atormentaba la idea de que era una carga pesada para su hermana y su cuñado, llegó á concebir la atrevida empresa de abandonar su país y lanzarse á buscar en lo desconocido un porvenir desconocido tambien.

Dadas las condiciones infantiles, y de ignorancia del *rapacin*, habia en esto casi tanto atrevimiento como el que tuvo el gran Colon, cuando se lanzó con sus tres carabelas en busca de un nuevo mundo, al través de mares sin límites conocidos.

Comunicada la idea á Magdalena y á su marido, la rechazaron al principio, pero al fin convinieron en la necesidad de adoptarla. Eran, como el niño, de esa raza enérgica que no se abate, y participaban tambien de sus esperanzas, aunque no tuvieran razon en que fundarlas.

Difundida la noticia por la aldea, casi todos los convecinos, á pesar de su pobreza, contribuyeron á una cuestacion que inauguró el párroco, y que produjo 67 reales. Esto pareció á Manolito un tesoro. Se le arregló y remendó la ropilla, recibió de regalo un buen par de zapatos fuertes, se le proveyó de un morral, una estampita de la Virgen de Covadonga, un baston y una carta de recomendacion para un pariente lejano, que estaba de aguador en Madrid; y con tan mezquinos elementos de fortuna, Manolito abandonó la aldea y andando á pié buenas jornadas, llegó á la que le hemos visto emprender de madrugada para pasar el nevado puerto de Pajares.

III.

Dijimos que el *rapacín* iba alegre, y es verdad. A los doce años las penas hacen poca mella. En su inesperienza completa, cuyos efectos se estrellaban contra una energía de carácter impropia de su edad, el niño viajero gozaba á su manera de lo presente, aspiraba á grandes bocanadas el ambiente embalsamado de las montañas, sentíase fuerte contra la fatiga física, valeroso por instinto contra las oscuridades de su porvenir, y disfrutaba así, inconscientemente, del principio de aquella vida libre, enmedio de una naturaleza espléndida y lozana, que parece llamada á crear esos organismos vigorosos de los descendientes de Pelayo.

De repente se detuvo. Había llegado á la cumbre del Puerto, límite divisorio de las dos provincias. Forma allí la carretera un pequeño recodo donde hay ó habia antes una vieja y deteriorada cruz de piedra, que suelen llamar la *cruz de los adioses*. Desde aquel punto, se ven á la derecha los hermosos valles de Astúrias, y á la izquierda la bajada á las llanuras poco poéticas del territorio de Leon.

Manolito se sentó á descansar al pié de la cruz, para hacer su frugal desayuno. Por primera vez, sintió un movimiento precoz de tristeza y de recogimiento interior. Su hermana Magdalena, que conocia aquel sitio, le habia dicho al darle llorando el abrazo de despedida: «Reza en la cruz de los *adioses*: nuestro buen padre rezó allí cuando iba á incorporarse al ejército, »y por eso Dios le protegió contra las balas.»

El *rapacín* lo hizo así, descubriendo su cabeza, y doblando las rodillas, con esa fé sencilla y pura, que vale y consuela mas que la razon, y que Dios quizá recibe en su seno con la sonrisa misericordiosa de las divinas complacencias que tiene para con sus criaturas.

Al levantarse de su muda plegaria, le distrajo una voz dolorida, que oyó á su espalda pidiendo socorro. Era un viejo mendigo, cojo y casi ciego, que habia caido en una hondonada del terreno, perdiendo al caer su baston de apoyo y su perrillo, que le servia de compañero y de guía, los cuales habian rodado al fondo del barranco. Enterado de esto Manolito, deja en el suelo su palo y su morral, y por un impulso generoso é irreflexivo, desciende á gatas al fondo del valle, por una ladera muy escarpada, logrando recoger el baston y el perrillo del ciego y ayudando luego á este á salir de su hondonada.

Gozoso de su hazaña, sacó del morral un pedazo de *borona* y unas castañas, y partió con el mendigo este rústico almuerzo.

El viejo le contemplaba con enternecimiento, y con gratitud, y al separarse de su improvisado y obsequioso salvador, el cual mientras comían le había contado su sencilla historia, le dijo con emoción:

— «¡Pobre *rapacín*! Al emprender la ruda peregrinación de la vida, has empezado con un acto de varonil amor al prójimo, y de caridad espontánea. ¡Dios te lo premie, hijo mío! ¡Dios te lo premiará sin duda! Mis bendiciones y mis oraciones te acompañarán en tu viaje atrevido.»

Los dos viajeros se separan: el viejo para descender hacia Asturias; el niño para bajar á los campos Leoneses. El primero va andando lenta y penosamente, cual si le faltaran fuerzas para llegar al descanso del sepulcro. El segundo, va ligero, porque su joven organismo es tan fuerte como enérgico es su espíritu; y echando una última mirada triste á la cruz de los *adioses*, entona uno de esos cantos monótonos de prolongada melodía, que solo se oyen en las montañas asturianas.

Pobre niño, abandonado y huérfano de todo, se siente sin embargo con *fé* y con *esperanza*, porque ha hecho una primera obra de *caridad*. En breve veremos si la fé estuvo bien fundada, y si la esperanza se realizó.

IV.

¡Madres que cuidais esmeradamente á vuestros tiernos hijos, que prolongais su infancia á fuerza de tratarlos y mimarlos como niños. cuando ya empiezan á ser adolescentes; que os sentís siempre en su obsequio dispuestas á la abnegación y prontas al sacrificio; que desde la cuna velais por ellos con afán incansable para que no les alcance ni la mortificación más pequeña; que escuchais con inquietud si tosen, con alegría si ríen, con ternura si lloran, con espanto si se quejan; madres felices de niños venturosos que entran en la vida por las puertas doradas del bienestar, fijaos en nuestro *rapacín* asturiano, que no tiene ni besos maternales para su halago, ni cuidados maternales para su amparo, ni familia para las expansiones de su corazón.

Ved ese pobre niño viajero, caminando solo y á pié por las llanuras heladas de Castilla; comparadle con vuestro hijo, ro-

deado de abrigos, de comodidades y de cariño; y menguada opinion formaremos de vuestra cabeza y de nuestro corazon, si de ese cotejo no sacais la consecuencia de un gran deber de gratitud fervorosa al buen Dios, que, siendo soberanamente justiciero, ha dado sin embargo á vuestro hijo todo lo que le falta al pobre *rapacin*.

FAUSTO.

(*Se continuará.*)

UN SUEÑO REPARADOR.

Don Eugenio de Mendoza, hombre honrado y pundonoroso, gozaba en Madrid de un cómodo bienestar, y era apreciado de cuantos tenían la dicha de tratarle. Un defecto oscurecia, sin embargo, sus bellas cualidades: interesado y egoista, el bien y el mal no tenían valor á sus ojos. El primero lo simbolizaba en sus negocios prósperos, el segundo en los que no le rendian interés, abrigando además su pecho una inexplicable antipatía á todas las mujeres.

Tan innoble modo de pensar era solo consecuencia de su educacion. Desde la edad más tierna habia perdido á sus padres, quedando huérfano con una hermana algo mayor que él, que fué recogida y educada por una prima de su madre, yendo él á su vez á casa de un tio suyo que se encargó de su porvenir. Su tio era hombre de carácter áspero y desabrido, y trató con excesiva severidad á su sobrino, encomendando su instruccion á un profesor tan adusto como él.

Cuando Eugenio salió de casa de su maestro, fué para ponerse al frente de los negocios de su tio, á los que dió gran impulso, quedando á la muerte de aquel heredero de su considerable fortuna.

La casa que seguia habitando Eugenio, sin más compañía que la de un antiguo criado, estaba situada á un extremo de la poblacion, y en otro tiempo rodeada de un hermoso jardin; pero Eugenio, para quien las flores no tenían encantos, un dia de mal humor mandó arrancar todas las plantas y empedrar el trozo que constituia el jardin, á fin de que el coche pudiese entrar hasta la misma puerta de su casa. De este modo todo era en ella triste y sombrío, pues la avidez de su alma, semejante á una lepra, contagiaba todo cuanto le rodeaba. Hasta los pa-

jarillos parecían huir de los contornos de aquella mansion de duelo, y los pobres no se detenían jamás á su puerta.

¿Y comprendereis, lectores, por qué este hombre era tan desgraciado? Porque jamás la mirada solícita de una mujer habia velado su sueño; jamás una dulce voz habia llegado cariñosa á su oído, ni un corazón femenino habia reanimado el suyo. Niño, no habia tenido madre: adolescente, le habia faltado su hermana; y despues, egoísta y con el corazón ya endurecido, no habia podido resignarse á buscar una esposa amable. ¡Ah! ¡si Eugenio hubiera crecido á la sombra del cariño maternal, otros serían sus sentimientos!

En una fría noche de invierno, nuestro héroe, despues de comer, se sentó en su gabinete al lado de la chimenea, en la que ardía un fuego consolador, y á su lado, en una pequeña mesa de té, se hizo poner recado de escribir, principiando á trabajar en sus negocios. A los pocos minutos oyó llamar en la puerta exterior, y su viejo criado Lázaro entró á anunciarle la visita de una dama, cosa muy extraña en casa de D. Eugenio. Dió este orden de que pasara, y al punto una señora y tres niñas, todas vestidas de luto, penetraron en la estancia: detuviéronse en medio de ella, y por algunos momentos reinó un profundo silencio: rompióle por fin la dama, exclamando:

—¿No me conoces, Eugenio?

Este levantó la pantalla del quinqué, y mirando á la señora, exclamó sorprendido:

—¡Ah! ¿eres tú? ¿qué te trae á mi casa, qué quieres?

—¿Qué quiero, hermano mio? ¡verte! ¡abrazarte! que te abracen mis hijas, á las que aun no conoces!

—¡Es inútil! habla, ya sé que tu marido ha muerto, dejándote en la más triste situación.

—¡Oh! sí, —exclamó la pobre viuda deshecha en llanto:—al perderle, todos los horrores de la miseria me cercan por do quiera. Yo soy bastante fuerte para poder sobrellevar mi desgracia; pero mis hijas... ¡pobres niñas! ¿qué será de ellas?

—¡Todas niñas!—replicó Eugenio con acento duro, paseándose con agitacion;—las coqueterías, gastos é impertinencias de una chica multiplicados por tres.

—¡Qué injusto eres con las mujeres!—añadió su hermana con amargura.—Bien se conoce que no sabes apreciar lo que vale el corazón de una madre; ni recuerdas á la nuestra, tan santa, tan amante, tan cariñosa para sus hijos.

—Y en último resultado, ¿á qué has venido?—murmuró con

grosero acento D. Eugenio.—Yo nada puedo hacer por tí.

La pobre madre calló durante unos minutos, y despues añadió con profunda emocion:

—Nada queria yo para mí tampoco. En nombre de estas inocentes criaturas, venia á reclamar tu proteccion para ellas. Veo que me he equivocado... ¿cómo ha de ser?

Y llevándose á sus niñas, salió de la habitacion.

¿Y Eugenio? ¡Ah! aquel hombre de corazon de mármol, las dejó partir: él, que arrastraba una existencia árida y triste, sin encantos ni alegrías, no quiso acoger á una mujer y tres niñas, que habian ido á ofrecerle sus amantes cuidados, su infantil alegría, su fraternal amor.

A pesar de su estoicismo, la escena anterior le habia producido un mal extraño. Paseábase precipitadamente por el cuarto, movia con impaciencia la leña que ardia en la chimenea, y por último, volvió á empezar sus trabajos, creyendo que estos ocuparian por completo su imaginacion... Se engañaba. La muerte de su cuñado, no se apartaba de su mente, ni su hermana, pobre y sola, con sus tres hijas tan hermosas y tan desgraciadas. Estos pensamientos le inquietaban: la pluma se caia de su mano, y su vista vagaba por la estancia. De repente se fijó en una escarpia pequeña, que estaba clavada en la pared, y se estremeció; separó sus miradas de aquel objeto, y de nuevo el brillo de la dorada cabecita, en la que daba de lleno la luz, se le representaba con un resplandor fatídico.

Porque aquella escarpia, habia sostenido en otro tiempo el retrato de su madre, jóven y hermosa; y ese cuadro que hubie-ra debido estar siempre ante los ojos del buen hijo, fué envuelto por él, en su criminal antipatía al sexo, y descolgado de allí, mandó llevarlo á un cuarto en que no se entraba sino muy rara vez. Por eso el clavo le acusaba, por eso volvía á otro lado la vista, y sin embargo, le veía en su mente, porque lo que le atormentaba era ese clavo divino que dirige su punta al cora-zon y se llama *la conciencia*.

Agitado en extremo, pidió un vaso de agua y una botella que contenia jarabe de naranja, despidiendo al criado hasta el dia siguiente, así que se la trajo, preparó una naranjada, avivó el fuego, y reclinándose en la butaca, principió á tomar el refresco, exclamando:

—¡Qué mal gusto tiene! decididamente yo no estoy bueno esta noche.

Tomó un libro, y á poco este se deslizó de sus manos, que-

dando sumido en un profundo sueño. Poco á poco, las imágenes de su cuñado, su hermana y sus sobrinas, se aparecieron á su imaginacion acalorada, y por fin, la escarpia con su dorada cabecita. Pero cuál no fué su asombro, cuando despues de haber advertido ruido en el cuarto inmediato, vió abrirse la puerta del gabinete y aparecer el retrato de su madre, que sin que nadie lo llevara, avanzaba solo, y subió lentamente á colocarse en su lugar. La sangre se heló en sus venas, y más cuando, mirándole fijamente, notó que se salia del lienzo, y adquiriendo su tamaño natural, llegó hasta colocarse de pié al lado de su hijo: su fisonomía estaba pálida y gruesas lágrimas corrian por sus mejillas. Eugenio entonces, cayendo de rodillas, exclamó:

—¡Perdon, perdon!

Su madre le tendió dulcemente la mano y murmuró:

—Ven.

Al punto se sintió arrastrado por una fuerza superior, y sin obstáculo atravesó la pared del cuarto, encontrándose inmediatamente suspendido en el espacio, convenciéndose con terror de que su vista traspasaba los techos de las casas, y su oido percibia lo que se hablaba en ellas.

¡El hogar doméstico! Hé ahí el verdadero teatro de la mujer: el campo de sus pruebas, de sus luchas, de sus alegrías, de su abnegacion y de su heroismo.

Presentáronse á la atónita vista de Eugenio, una multitud de esos ángeles tutelares de la familia, ocupando desde el suntuoso palacio, hasta la miserable boardilla. En todas partes descubrian sus ojos á la madre solícita, ya cubierta con miserables andrajos, ya envuelta en riquísimas sedas y finísimos encajes, cuidando todas con el mismo amor al hijo querido. Veia los insomnios, las amarguras, las privaciones de la madre pobre, aniquilada por el trabajo y el sufrimiento, no tiene más que una sola alegría, la inocente sonrisa de su hijo que le tiende sus bracitos con cariño, creyéndose ella con esto suficientemente recompensada y dando aun gracias á Dios que le concede tan inmensa dicha. Eugenio los vé á todos, no solo expiando el menor deseo de su hijo para complacerle, sino guiándole despues por la senda de la virtud; enseñándole con las primeras oraciones á amar á Dios, é inspirándole con sus palabras y ejemplo la más grande de todas ellas, inseparable del corazon de la mujer: *la caridad*.

De repente el interior de una estancia pobre apareció á su vista, y en ella una mujer y tres niñas, todas vestidas de negro.

Mendoza se estremeció: aquella mujer era su hermana, que estaba enseñando á sus inocentes niñas á rogar á Dios para que perdonase la ingratitud de su tío. Eugenio no estaba en sí; un sudor frío corria por todo su cuerpo. Murmuró «¡Hermana mía!» y quiso lanzarse hácia ella; pero la fuerza irresistible que le conducía, le arrastró lejos de aquel sitio.

Continuando su viaje aéreo, se halló sobre un espeso bosque, en cuyo sitio se encontraba un niño aterrado al ver un enorme leon que amenazaba despedazarlo, y retrocedió ante una débil mujer, que frenética, se interpuso de repente entre la fiera y su víctima. ¿Quién habia podido inspirar á aquella mujer tan inmenso valor, tan audaz arrojo? El amor maternal.

Y luego se encontró ante una vasta extension, y el espeso humo que de ella se elevaba, apenas le dejaba distinguir los objetos: era un campo de batalla. El suelo estaba cubierto de heridos, y el eco repetia lúgubre el estampido del cañon y los ayes de los moribundos. Eugenio creyó escuchar la voz de su madre que murmuraba á su oido: «Hé aquí una de las bellas obras de los hombres.» En medio de aquel horrible cuadro se descubrian, sin embargo, algunas mujeres, que allí, como en todas partes, habian sido mensajeras de amor y de consuelo. Si alguna más valerosa ó más amante que la generalidad se encontraba con fuerzas para seguir á esos sitios á un esposo querido, ellas, allí curando á éste, socorriendo á aquel, eran compañeras de todo el que sufría.

Como para hacerle comprender bien esta idea, se presentó seguidamente á la vista de Eugenio el interior de un hospital, y allí pudo ver á infinitas mujeres que, cubiertas con un sayal y bajo el cariñoso nombre de Hermanas, se dedicaban á la asistencia de los que sufren en el lecho del dolor.

La mujer no es solamente madre, sino hija, hermana, esposa, y Eugenio la veia en cada uno de esos interesantes papeles derramar los raudales de ternura con que la dotara la Providencia. Veia que ese sér que él no habia comprendido, está henchido por el Eterno de dulzura, de amor, de abnegacion, despidiendo de su seno una luz suavísima que cautiva el corazon de cuantos la perciben; luz que, sin brillar ostentosa en el mundo, subyuga al malo y encadena al bueno. Eugenio habia vivido lejos de ella, rico, pero no feliz.

Fatigado de tan extraño viaje, le pareció advertir que volvía de nuevo á su morada, y en efecto, á poco reconoció su gabinete, en el que entró como habia salido, atravesando las pa-

redes, conducido por su madre, que le llevó á su asiento, le contempló cariñosa un instante, y con acento severo le dijo despues:

—Ten presente lo que has visto.

Al punto se elevó del suelo, volviendo á ocupar el lienzo de donde habia salido, y el cuadro á su vez se descolgó de la escarpia, desapareciendo del gabinete.

Mendoza se despertó en este instante, ó, mejor dicho, salió de aquel letargo producido por el vaso de agua, en el que, en vez de jarabe de naranja que habia creído echar, vertió un licor soporífero que le causó aquel extraño ensueño... que no fué perdido.

Cuando volvió en sí era ya de dia: frotó sus ojos, separó con alegría los cabellos de su abrasada frente, y se puso á escribir una carta, regada de algunas lágrimas de arrepentimiento que caian de sus ojos. Tiró, cuando hubo concluido, del cordon de la campanilla, y apareció el criado.

—Mi buen Lázaro,—le dijo,—en el momento irás á llevar esta carta á mi hermana; ya sabes, la señora que estuvo anoche aquí.

Partió el criado, y Eugenio, así que se vió solo, salió del gabinete, volviendo á entrar á poco con un cuadro que suspendió, con visible emocion, de la escarpia consabida, exclamando al contemplarle:

—¡Dios mio, qué bella era mi madre!

En breve llegó el criado, y despues su hermana y sobrinas, y al verlas se arrojó en los brazos de la primera, murmurando:

—¡Perdon, hermana; perdon, hijas mias! He sido un insensato: cuanto tengo es vuestro. Me creia solo en el mundo, y Dios me concede una hermana cariñosa y tres ángeles que purificarán mi alma con su inocente amor.

Desde aquel dia la casa de D. Eugenio cambió de aspecto: de sombría y triste, se trasformó en clara y risueña. De nuevo se arrancaron las piedras y se plantó el jardin que la circundaba, y desde entonces hubo en ella flores, perfumes y alegría. Los pajarillos no huyeron ya del techo de aquella mansion, y los pobres no llamaron jamás en vano á su puerta.

(Arreglo del francés)

JOAQUINA G. BALMASEDA.